

primaria y cuenta 11 años de vida; el padre ordena, dada la aptitud del hijo, que se dedique al estudio, y lo traslada, mejor dicho, lo trasplanta á Barcelona para comenzar el bachillerato. La trasplatación no tuvo éxito: ó el momento estuvo mal elegido, ó Pi nó estaba en aptitud de ser seleccionado. A los hermosos horizontes á la atmósfera vivificante, á la libertad más completa, substituyen bruscamente las callejuelas de la Barcelona vieja circuída de murallas, el pestilente y nocivo aire de la urbe y la disciplina académica. Ni la extensa bahía se parece á la pequeña de aquí, ni San Pedro de Rodas es el Tibidabo, ni los fuertes viéntos de aquel valle son las pegajosas y encalmadas brisas de esta llanura, ni el maestro de escuela es el más severo y menos accesible profesor del Instituto, ni la holgura de aquel aula es la severidad de la cátedra, ni el de su edad es su amigo, ni mucho menos su secuaz... Todo cambia á manera de mágica tragedia. Sucedió lo inevitable: en el alma, un daño nunca sentido ni siquiera previsto, las nostalgias con todas sus tristezas; en el cuerpo, una menor resistencia y en pos de ella la invasión fácil y segura del bacilo de Eberth. la fiebre tifoidea de los rurales en las urbes grandes. Si la infección pudo ser vencida, la convalecencia, aliada con la nostalgia, con el terrible mal del tERRUÑO, había de remediarse sólo en un punto: en Rosas.

Un año perdido en el tiempo, una menor fortaleza en el cuerpo, un dolor en el alma. Mal fué el ensayo. Era de conciencia no repetirlo y no se repitió. En esta etapa llevó la peor parte la voluntad, quedó amortiguada la inteligencia y se desencadenaron, sin dique alguno, los sentimientos y afecciones. Parecía que iba á predominar el carácter emotivo y casi, casi que resultaría un desequilibrado. No fué así.

Restablecida la calma y ganoso el padre de que no quedara sin cultivo la robusta inteligencia del hijo, tuvo el buen acuerdo de matricularlo en el Instituto de Figueras.

La capital del alto Ampurdán no es Rosas, pero vale más que Barcelona para Pi. Figueras está en su propia comarca, desde ella se ven los Pirineos, el valle en que penetra la bahía, las aguas de ésta, los deltas, del Muga y del Fluviá; se ve más todavía, para que la visión no se interrumpa ni aún de noche: el faro de Rosas manda sus intermitentes destellos hasta Figueras. La nostalgia no tiene elementos que la den pábulo. Queda instalado el niño patriota en una vivienda cuya ventana está orientada hacia su país natal: puede contemplarlo con la luz del sol ó vislumbrarlo con la del faro, sin interrupción alguna. Si esto no basta, desde los sitios altos de los alrededores se divisa Rosas. Y si la pena fuere tal que se desbordara, si desde la ventana al hogar paterno no hubiera bastantes comunicaciones con la visión mental y con la visión ocular, calmaba todas las ansias el recorrer, aun á pie, el trayecto que existe entre la residencia accidental y la casa de los padres.